

LOS LAZOS ENTRE IDENTIDAD, COMUNIDAD Y MISIÓN EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Simon Decloux, S.J. (BML)

Colabora en la “Nouvelle Revue Théologique”

Da Ejercicios Espirituales

Identidad, comunidad y misión: he aquí tres términos que evocan la realidad profunda de nuestra vida, la realidad de nuestra llamada y de nuestro compromiso comunes, porque juntos estos tres términos evocan una manera particular de inscribirnos y de inscribir nuestra acción y nuestra vida en el mundo y en la viña del Señor.

La identidad

Es lo que permite designar a alguien dándole su nombre propio, y ese nombre propio, que está escrito en el “carnet de identidad”, permite “identificarle”. Ahora bien, cuando nosotros escribimos nuestro nombre propio al firmar algo, al lado de nuestro nombre, que el “estado civil” nos reconoce, añadimos dos letras: S.J. Declarando así quienes somos. Porque en el reconocimiento de quienes somos, al lado del nombre que designa el comienzo de nuestra existencia y que, por lo menos en la civilización occidental, marca nuestra pertenencia familiar, al lado, eventualmente, de un nombre que se nos reserva y que para todos evoca nuestra realidad personal; al lado del nombre del santo patrono que nos dieron, también se añade otra pertenencia, a Aquel que hemos aprendido a reconocer como

el guía y el inspirador de nuestra vida: nos reconocemos como “compañeros de Jesús”.

De este nombre conocemos el origen y la historia: nos lo han transmitido quienes desde Ignacio de Loyola han sido llamados a elegir y a compartir un cierto estilo de vida, una manera de ser y de servir en la Iglesia y en la sociedad. Cuando se dirigían hacia Italia y hacia Roma, nuestros “primeros Padres”, vislumbrando apenas lo que Dios les haría vivir para Su gloria y Su servicio, decidieron responder a cuantos los interrogaban por el camino, que eran “compañeros de Jesús”. El espíritu de los Ejercicios Espirituales les inspiraba a dar esta respuesta expresando así lo que cada uno de ellos, y todos juntos, habían descubierto como inspiración del Espíritu que iba actuando en sus vidas y que los había reunido, no alrededor de un programa que habían determinado juntos, sino alrededor de lo que cada uno, en la oración y en la práctica de los Ejercicios Espirituales, había reconocido como voluntad del Señor tanto para él como para todos ellos.

así nuestra identidad se define, en primer lugar, con referencia a Jesús, nuestro Señor

Así nuestra identidad se define, en primer lugar, con referencia a Jesús, nuestro Señor. Lo hemos encontrado, lo hemos contemplado con insistencia para descubrir en Él lo que debía ser nuestra vida, qué acentos debían marcarnos de forma indeleble. Al descubrirle, al mirarle y al escucharle largamente en la práctica de los Ejercicios Espirituales, nos dejamos encontrar por Él, nos dejamos impresionar y educar por su vida y por sus opciones. ¡Al igual que Ignacio! Nos hace percibir el espíritu de pobreza, la pobreza espiritual y efectiva como exigencia, a la inversa del espíritu del mundo: a la inversa también de todo lo que halaga la vanidad de los hombres invadidos por el afán de poder, de “realización personal” o por cualquier otra forma de falsa gloria.

Pero, al mismo tiempo que nos dirige su llamada a seguirle, he aquí que Jesús hace nacer en nosotros no sólo el deseo de asemejarnos a Él, sino dos deseos más; el de vivir con otros este impulso que Él ha suscitado en nosotros, y el de trabajar junto a Él, en Su viña. Por esto nuestra identidad espiritual como jesuitas es indisoluble de estas dos dimensiones constitutivas de nuestra vida en la Compañía: la comunidad y la misión. Vamos a desarrollar brevemente estas dos dimensiones.

La comunidad

Podemos admitir, sin dificultad, que la vida del jesuita está marcada, aunque mucho menos que la vida monástica, por ejemplo, por la comunidad en que es vivida. Y esto es cierto, si se identifica la comunidad con un lugar donde estamos reunidos y somos llamados a vivir el resto de nuestros días con los que han elegido la misma casa para compartir la oración y el compromiso de cada día, por haber hecho voto de estabilidad. Sin duda no es ésta la manera en que los jesuitas inscriben su vida personal en una comunidad.

La primera comunidad a la que pertenecen no es, en efecto, la comunidad local, sino la Compañía toda, extendida por el mundo; luego está la Provincia, que para un territorio determinado, reúne un cierto número de comunidades locales entre las cuales son más frecuentes los desplazamientos.

Y, sin embargo, la primera pertenencia a la comunidad que engloba todo el cuerpo de la Compañía, no puede ser una realidad viva y concreta, sino a partir de la inserción de cada jesuita en una comunidad local donde comparte la oración, el trabajo, los intereses y los esfuerzos, como también los

compromisos apostólicos, por muy diversos que sean. Es allí donde a menudo se viven verdaderos intercambios, trabajos e intereses asumidos en común; es allí donde se ofrecen los apoyos necesarios para perseverar y crecer; es allí donde se actualiza para cada uno el compromiso al servicio de Cristo.

*nuestra vida comunitaria
debe llevarnos a ser no
sólo colaboradores en el
trabajo apostólico, sino
verdaderos hermanos y
amigos en Cristo*

Y de hecho, las *Normas Complementarias*, que ahora están acopladas a las *Constituciones*, al retomar sobre este punto la reflexión de las

últimas Congregaciones Generales, dicen: «El jesuita realiza su misión en «compañía», pues se vincula a una comunidad de amigos en el Señor que, como él, han deseado ser recibidos bajo la bandera de Cristo Rey.» (n.311, §1). Y añaden: «Nuestra vida comunitaria debe llevarnos a ser no sólo colaboradores en el trabajo apostólico, sino verdaderos hermanos y amigos en Cristo.» (Ibíd., §2)

Así que lo que en esta reflexión sobre la comunidad jesuita se recomienda es la organización de una vida fraterna compartida por los compañeros, y esto no según una idea o un ideal, sino según el compartir entre

nosotros que nos exige la pertenencia común a la Compañía de Jesús. En el Decreto 12 de la Congregación General XXXII, el número 315 de las *Normas Complementarias* se nos ofrece la descripción exacta de la vida que comparten los compañeros reunidos en comunidad para vivir juntos una respuesta generosa a su común vocación, respaldándose mutuamente: « La comunidad local de la Compañía es apostólica, ya que el objeto de su solicitud es el servicio que sus miembros, en virtud de su vocación, están obligados a prestar. Es una comunidad para la dispersión, puesto que sus componentes están dispuestos a partir adonde sean enviados; pero es también una *koinonia*, es decir, una estrecha participación de vida y de bienes, con la Eucaristía como centro, y una comunidad de discernimiento con los Superiores, en quienes recaen las decisiones finales acerca de las misiones que se deben asumir y realizar».

Sin duda el compartir la Espiritualidad Ignaciana podría crear lazos entre nosotros en virtud de la acogida común de la llamada del Señor, como Ignacio la percibió y nos la transmite en los *Ejercicios Espirituales* y en nuestras *Constituciones*. Pero nuestra vida en comunidad marca de una manera particular la acogida del espíritu ignaciano.

Los primeros compañeros no tuvieron dificultad en percibir la realidad comunitaria a la que nos compromete nuestra entrada en la Compañía. Una vez en Roma, al interrogarse sobre qué sería del grupo que formaban, afirmaron sin vacilaciones que no se deberían romper los lazos que los unían, al vivir una total disponibilidad para la misión. Aunque dispersos a causa de la diversidad de las misiones recibidas por el Papa, estaban seguros de que Dios les pedía mantener entre ellos una unión, cuya exigencia estaba contenida en la gracia que cada uno había recibido. Pero era preciso dar un paso más para que pudiera constituirse la Compañía de Jesús tal y como existe aún en nuestros días. La respuesta a la pregunta si al hacer el voto de obediencia a uno de ellos, tenían que añadir un nuevo estilo de vida religiosa a las formas de vida religiosa ya existentes y aprobadas por la Iglesia, fue precisamente lo que les hizo ver con claridad que Dios les inspiraba proponer a la Iglesia otro « Instituto religioso », en ese tiempo de « reforma » en el que se cuestionaba la vida religiosa.

La Congregación General XXXI – reunida durante el Concilio Vaticano II – quiso subrayar la forma de vida comunitaria típica de la Compañía: distinta de cualquier otra forma de vida religiosa de tipo monástico, o de las órdenes mendicantes, o de cualquier forma de vida secular (Cf. CG. XXXI, decreto 19, n.7.c – retomados en las *Normas Complementarias*, n. 322). Aquí se recuerda

que lo específico de la vida comunitaria que nos es propia, es la agrupación, en nuestras comunidades, de hombres llamados a una vida esencialmente apostólica.

El decreto 12 de la Congregación General XXXII al desarrollar esta idea lo hace con un texto retomado después en el n. 323 de las *Normas Complementarias*: «Nuestras comunidades por ser apostólicas, han de orientarse al servicio de los demás, particularmente de los pobres, y hacia la colaboración

*tres referentes que nos
constituyen: nuestra
identidad espiritual,
nuestra vida comunitaria
y la realidad misionera de
nuestras vidas*

con los que buscan a Dios y trabajan por un mundo más justo. Examinarán, pues, bajo la dirección del Superior, en tiempos fijos, si su forma de vida favorece lo bastante la misión apostólica y la hospitalidad y si dan ellas mismas testimonio de sencillez, justicia y pobreza.»

Vemos que cualquier reflexión sobre nuestra vida como jesuitas no puede menos que prestar atención a la frecuente, hasta constante, interrelación

que hay en nuestros textos legislativos entre estos tres referentes que nos constituyen: nuestra identidad espiritual, nuestra vida comunitaria y la realidad misionera de nuestras vidas.

La misión

Tocamos aquí un punto particularmente significativo de la vida del jesuita. Desde el comienzo, Ignacio y los primeros compañeros describieron en la meditación del Reino el movimiento interior que, desde Jesús, debía movilizarlos para participar en la obra de la salvación. Al no haber podido, por las circunstancias, llegar a Tierra Santa, donde hubiesen prolongado hasta geográficamente la misión de Jesús, sólo el «Vicario de Cristo sobre la tierra» iba a poder determinar sus misiones. Este fundamento primero de las misiones confiadas a los jesuitas sigue aún hoy inscrito en el cuarto voto que pronuncian los profesos de la Compañía y que constituye su principio y fundamento, según lo dicho por Pedro Fabro.

A partir de esta fuente primigenia, en los distintos niveles donde se expresa nuestra obediencia se nos da recibir hoy una misión que en definitiva acogemos de Dios mismo.

No voy a retomar aquí - pues pienso que las tenemos muy presentes - las orientaciones recordadas por las últimas Congregaciones Generales. Pero ya que la finalidad de este artículo consiste en destacar cómo en nuestra vida de jesuitas se articulan nuestra identidad como compañeros de Jesús, nuestro compartir la vida en comunidad y la misión que juntos asumimos en la gran diversidad que la caracteriza, me propongo ahora volver, aunque sea brevemente, sobre algunas conexiones que unen esas tres dimensiones de nuestro « ser jesuita ».

En primer lugar, parece claro que el recibir conjuntamente el encargo de una misión determinada invita espontáneamente a vivir en verdad las relaciones comunitarias, y ofrece al mismo tiempo el referente necesario para que en la vida de cada uno y en comunidad se explicita la adhesión sólida a la presencia del Señor y a sus inspiraciones. Ciertamente, es posible que en algunos casos, el compromiso en una misma misión y en una misma comunidad parezca no favorecer el crecimiento personal y común en el Señor. Pero a menudo esto ocurre porque se evidencian tensiones e incomprensiones entre las personas reunidas en comunidad o porque el compartir una misma misión se vive en la rivalidad o en la mutua incomprensión o sin dar el relieve deseable a la relación con Dios que nos une como compañeros de Jesús.

Hay, sin duda, comunidades cuyos miembros no están comprometidos en una misión común y donde en lugar de fundar la fraternidad comunitaria en el intercambio y en la vida en común, o en lugar de encontrar en la oración común y en la celebración eucarística una fuente de auténtica comunión, la diversidad de las misiones confiadas se transforma en principio de dispersión tanto en la vida fraterna como en la oración. Pero, por el contrario, hay comunidades donde la diversidad de las misiones se vive en una verdadera y auténtica comunión, y donde la oración en común se abre a los varios lugares de evangelización y de servicio donde unos y otros trabajan.

Ante nuestra identidad como jesuitas, ante nuestra inserción comunitaria y ante las exigencias de nuestra misión – y esto parece evidente – podemos comprometernos con mayor o menor convicción, con mayor o menor verdad. La finalidad de estas líneas no es ni afirmarlo, ni tampoco negarlo. Al evocar aquí las relaciones que hay entre esos referentes constitutivos de cada uno de nosotros: la identidad recibida del Señor que nos ha llamado, nuestra pertenencia a una comunidad de compañeros y el cumplimiento de la misión recibida, lo que estas líneas se proponen es renovar la conciencia de las repercusiones que pueden tener en otros ámbitos decisivos de nuestra vida. Como por ejemplo,

la manera en que vivimos la vocación recibida y la fidelidad al espíritu ignaciano que la atraviesa, la pertenencia a una comunidad y a nuestra manera de vivirla, así como el compromiso por la misión recibida, tanto si se trata de una misión realizada juntamente por todos los miembros de la comunidad, como si se traduce en una diversidad de compromisos y de servicios.

Estas tres dimensiones constitutivas de nuestra vida como jesuitas están llamadas a sostenerse, y en cierta medida, a respaldarse mutuamente. No basta, por ejemplo que los jesuitas se junten para colaborar en una obra común si entre ellos reina una incompatibilidad de humor, una incapacidad de comunicar o concepciones irreductibles u opuestas de cara al fin que hay que perseguir y a los medios a emplear para alcanzarlo. Tampoco es suficiente reunir en una misma comunidad a personas dotadas de capacidades indiscutibles para aplicarse a una obra común, si entre estas personas reinan incomprensiones radicales, por ejemplo, sobre aspectos importantes de la vida jesuita.

Se dirá, y en cierto sentido con razón, que sería de desear que el conjunto de los jesuitas haya adquirido, al final de su larga formación, no sólo las habilidades para hacer de ellos hombres capaces de realizar « grandes cosas », sino también las cualidades propias de compañeros destinados a vivir y a trabajar juntos respaldándose, y la hondura espiritual que los haga capaces de asumir positivamente las dificultades que se encuentren, y las virtudes de abnegación y de olvido de sí tan constitutivas de nuestra llamada a ser ante todo, en los momentos de la prueba y en los momentos de una gracia particular, discípulos fieles de Jesús. Yo diría que podríamos esperar esto de todos los compañeros, pero hay que reconocer que la realidad no siempre se corresponde con este deseo. Sin duda el desgaste del tiempo, las experiencias negativas que no hemos sido capaces de asimilar, han hecho que en algunos, poco a poco, y sin darse totalmente cuenta, se instalaran dinámicas más radicadas en su propio carácter y que generan dificultades para adaptarse a otros temperamentos... ¡Y he aquí que el maravilloso sueño, antes acariciado, parece transformarse en una especie de pesadilla!

¿Qué podrían decir, en definitiva, estas líneas que me pidieron que escribiera, de no ser que los superiores busquen con fe y con paciencia fundamentos equilibrados para poner en pie grupos de jesuitas y hacer que actúen de forma eficaz? Lo que hay que tener en cuenta es el conjunto de las cualidades que poseen las personas encargadas de asumir en común un mismo apostolado: cualidades innatas así como adquiridas por el estudio, la experiencia,

la aplicación o un esfuerzo continuo. Se trata de la capacidad de formar equipo, de entrar en una comunidad construida por el compartir y la ayuda mutua. Y, por último, pero no por eso menos importante, dejarse invadir profundamente por el espíritu de la Compañía, y disponer por consiguiente de cualidades y de virtudes que corresponden fundamentalmente a nuestra vocación; estar arraigados en la oración, estar atentos a las inspiraciones del Espíritu. Así los compañeros se verán sostenidos en su compromiso al servicio de una misión común por las relaciones de compañerismo y por el esfuerzo común de correspondencia al Espíritu.

Ahora bien, esta humilde reflexión no se dirige sólo a los superiores; quisiera iluminar también el compromiso y la vida de todos los compañeros de Jesús. Llamado a la Compañía de Jesús, cada uno de nosotros es habitado en primer lugar por el descubrimiento de Cristo, que los *Ejercicios Espirituales* nos han enseñado a encontrar en verdad, con el deseo de compartir en todo su Espíritu y dejamos conducir y educar

constantemente por ese Espíritu. Nuestra disponibilidad al Señor, vivida según la manera ignaciana, es lo que hace nacer y desarrollarse más y más en nosotros el deseo de dejarnos moldear por Cristo y dejarnos llevar allí donde Él nos quiera conducir. Sea cual sea nuestro compromiso y nuestro trabajo, sea cual sea nuestros encuentro y nuestros lazos fraternos, lo que importa por encima de todo es que nuestra relación con el Señor se vaya profundizando más y más, que crezca el amor por su persona y que nos habite el deseo cada vez más vivo de dejar en sus manos nuestra existencia y de ofrecerle nuestras inquietudes y nuestros trabajos. Y así nuestra identidad se centra sin cesar en Jesús. Y ¿cómo podría ser de otro modo si nos reconocemos como sus compañeros, acogiendo de Él lo que cada día nos da y ofreciéndole, a cambio, nuestro compromiso cotidiano? Buscar otra identidad que no sea la de « compañeros de Jesús », definarnos - como es habitual entre las demás personas - por referencia a aquella actividad que define nuestro lugar en la sociedad (secularizada) de hoy, ¿no equivaldría a correr el riesgo de relegar a un segundo plano la consagración total de nuestra vida a Dios, en respuesta a su llamada? Y ¿no es acaso lo natural que nuestro estar juntos, nuestra pertenencia a una comunidad fraterna haga

los compañeros se verán sostenidos en su compromiso al servicio de una misión común por las relaciones de compañerismo y por el esfuerzo común de correspondencia al Espíritu

IDENTIDAD, COMUNIDAD Y MISIÓN EN LA S.J.

visible de cada uno de nosotros lo que ha elegido ser y permanecer siendo, como compañero de Jesús? Y ¿no es acaso lo natural también que el compromiso en uno u otro servicio apostólico nos da a su vez el lugar que nos toca al lado del Señor, que no cesa de presentarse a nosotros « en lugar humilde, hermoso y gracioso? (EE. 144)